

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

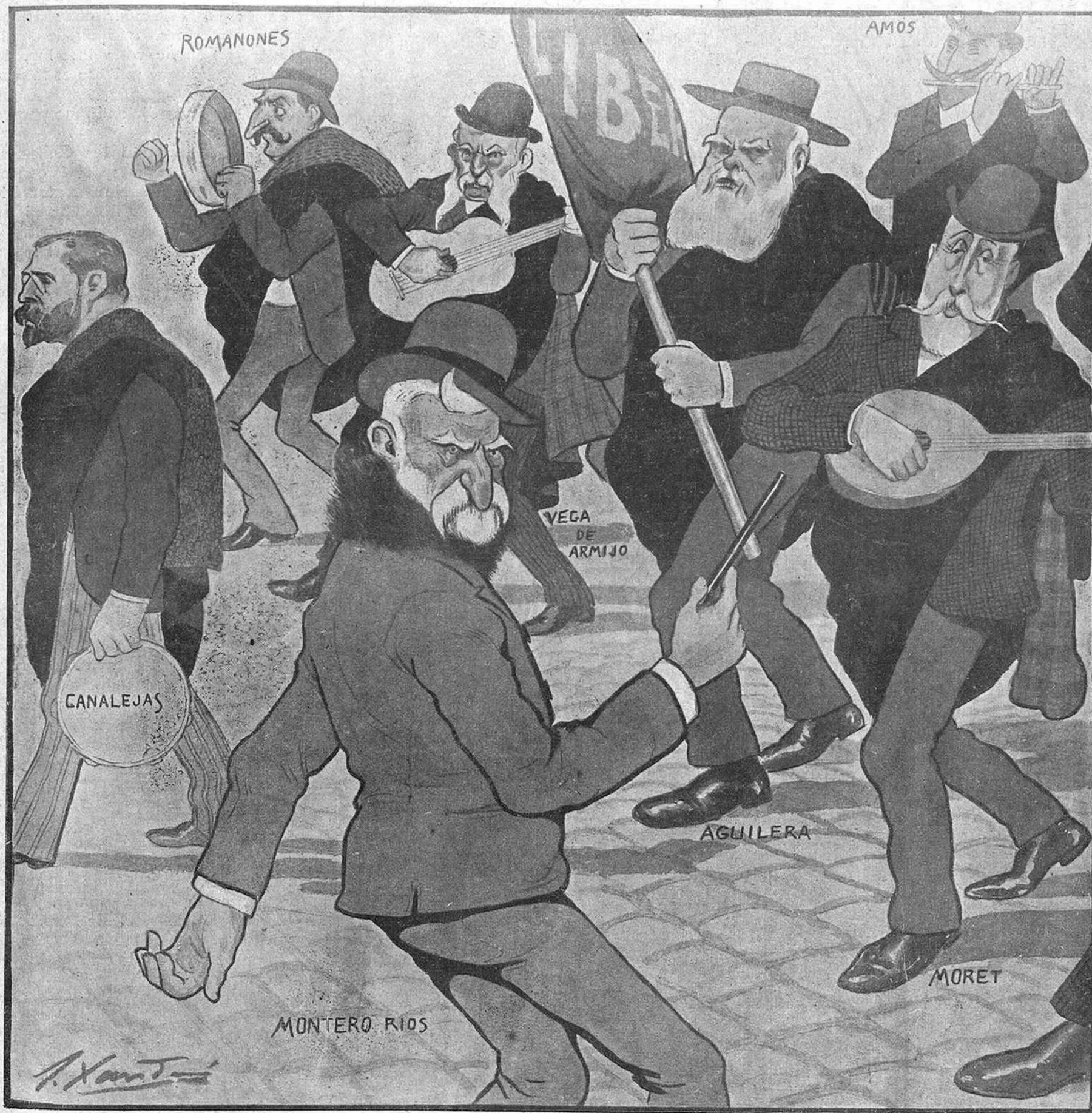
10 céntimos NUMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.— ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 16 DE FEBRERO DE 1905

NUM. 482

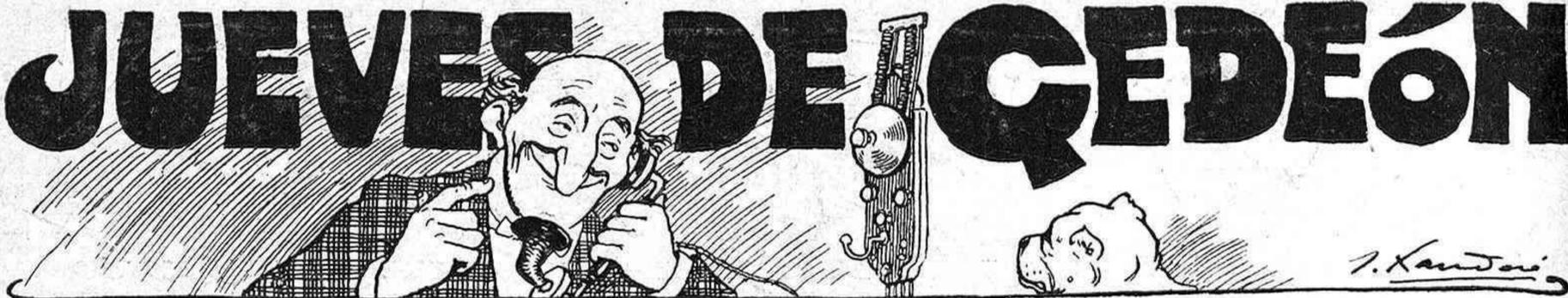


LA TUNA LIBERAL-DEMOCRATICA

(LA ESTUDIANTINA ENSAYANDO)

EL DIRECTOR.— PUES SEÑOR, CADA VEZ ESTAMOS MÁS DESAFINADOS. PARA MÍ QUE NO VAMOS Á ENCONTRARNOS NI EN EL CALDERÓN, NI EN EL PODER.

JUEVES DE GEDÉON



Central! ¡Central!

—Presente.

—Comunicación con Calínez.

—En seguida.

—¿Estás ahí, Calínez? ¿Eres tú el que está ahí, ó es otro en tu nombre? ¡Caramba, responde si quieres!

—Aunque se empeñe el mundo entero no voy á las Cortes.

—Si no te pregunto eso, sino si eres tú.

—Me hago cargo demasiado de las razones que les impulsan á pretender meterme en el Congreso. ¡Cómo se reirían los mauristas!

—Es posible, Calínez, porque esa gente se ríe de todo menos del talento del marqués de Ibarra. Pero yo no deseaba saber si ibas ó no ibas á las Cortes, sino si eres tú el propio Calínez y excelente amigo mío la persona con quien estoy hablando.

—¡Qué más quisieran ellos sino levantar la pieza!

—¿Qué pieza, Calínez? ¡Expíciate, por Dios! ¿á qué pieza te refieres?

—No la levantarán, ¡no!

—¡Señor Gedeón! ¡señor Gedeón!

—¡Anda, ahora me habla la telefonista! ¿qué ocurre?

—Que está usted cruzado.

—¡Cielos!

—Con el señor Presidente del Consejo de Ministros.

—¡Pero ese hombre es insaciable! ¡Y sin saberlo yo!

—Espere usted un instante y se remediará el cruce.

—A buena hora, mangas verdes. ¡Ea! dese usted prisa; descrúcame usted. Comprendo y reconozco que para mí es un honor extraordinario el cruzarme con el Sr. Villaverde, aunque sea por teléfono; pero, francamente, las situaciones equívocas no son de mi gusto.

—¡Repito que no la levantarán!

—Bien, D. Raimundo, pero podían levantarla...

—¿Oye usted aún al Sr. Presidente?

—Sí, señorita, todavía le oigo, aunque de un modo más confuso.

—Es que se va ya reparando el accidente. No suelte usted el auricular.

—No lo suelto, ¡qué he de soltarlo! En un cruce con nuestro insigne gobernante, todas las precauciones son pocas.

—No la le...

—¡Pero lo que tarda en descruzarse D. Raimundo!

—Ya tiene usted ahí al Sr. Calínez.

—¿Dónde?

—En comunicación con usted.

—¡Loado sea Dios! ¿Eres tú, Calínez?

—Yo soy, Gedeón.

—¡Bendito seas! Me he llevado un susto terrible.

—¿Pues qué te ha ocurrido?

—Que estaba cruzado sin saberlo con el Sr. Villaverde.

—¡Qué atrocidad! ¿Y me hablas, naturalmente, desde la Casa de Socorro?

—No, Calínez; te hablo, naturalmente, desde mi propio domicilio. Lo cosa no fué para tanto.

—Mucho lo celebro, ¿Para qué me llamabas?

—Para decirte que no vengas hoy á mi casa. Me mudo.

—¿Que te mudas?

—Sí, hombre. No he de ser yo menos que el marqués de Vadillo, el cual tan pronto está en Gobernación, como en Agricultura, como en Gracia y Justicia.

—¿Y has tomado ya tu nueva casa?

—No, no la he tomado todavía. Me mudo sin saber á dónde.

—¡Pero eso es un disparate, Gedeón!

—No es un disparate, Calínez.

—¿Pero cómo vas á decir al hombre del carro de mudanzas que te lleve los muebles á tal sitio, si no sabes qué sitio es ese?

—Yo no hago más que imitar el ejemplo de nuestros conspicuos demócratas y nuestros no menos conspicuos liberales, quienes, según todos los síntomas y todas las circulares, van á mudarse también de domicilio, ignorando aún dónde está su nueva casa.

—¿Qué me dices?

—La verdad, Calínez. Los moretistas por un lado y los monteristas por el otro, andan ya con sus respectivos muebles á cuestas buscando nuevo albergue y sin saber hacia dónde caerá éste, si por la plaza de las Vistillas del Poder, si por la calle de Válgame Dios, ó por la del Buen Suceso. Yo no puedo menos de seguir la senda que me trazan tan doctos varones, y he decidido meter mis trastos en un carro.

—¡Mira, Gedeón, que tienes muchos trastos!

—Más tienen ellos, Calínez, y los llevan de aquí para allá.

—¿Pero quién dirige la mudanza de todos esos señores?

—El conde de Romanones, según me aseguran.

—¡Dios mío, no va á llegar un mueble sano!

—Parece que andan buscando una casa en la cual quepan todos y, además, Canalejas.

—Trabajo les mando; en Madrid las casas son muy chicas. ¿Cómo van á caber en una habitación, si no caben ni en la nómina? Solamente Montero Ríos necesita tres gabinetes para sus yernos.

—Y con alcobas.

—¡Naturalmente!

—Moret, además del ala del edificio destinada á Aguilera y el camaranchón donde pueda jugar á la pelota Amós Salvador, ha de tener necesariamente una gran biblioteca para los libros que no lee y un inmenso salón para los taquígrafos

á quienes dicta. Además, exigirá, como si lo viese, que no esté la casa hipotecada. Romanones, por su parte, la pedirá con ascensor, porque es aficionadísimo á subir de gorra, y Weyler con grandes habitaciones interiores que pueda destinar á guardarropa de ropa interior, de esa que no se ve y que por eso es la mejor que tiene.

—Todo lo que vas diciendo me parece muy puesto en razón.

—¿Y dónde meterán á los Gullones, Capdepones, Calbetones y demás consonantes peligrosos del derribo democrático? Y Puigcerver, que no cabe ni en Getafe, ¿cómo va á caber en un chiribitil? De Canalejas no digamos nada. El insigne tribuno, que para moverse á sus anchas necesita tener medio cuerpo en la monarquía y medio cuerpo fuera, ¿cómo va á encajarse en una casa de vecindad?

—Indudable, Calínez, indudable.

—¿Pues y Valdeterrazo? ¿dónde cabe Valdeterrazo?

—Cierto; ¿dónde cabe Valdeterrazo? ¡Hombre, sí, en la valdeterraza!

—Únicamente ahí; pero no se ha de pasar toda la vida al fresco y mirando al cielo. Figúrate qué inviernos le esperan. Además, el frío encoge los cuerpos, y si Valdeterrazo encoge, ¡medrados estamos!

—Tus observaciones me parecen razonabilísimas, pero á pesar de ellas, la mudanza de los demócratas y de los liberales y mi mudanza se verificarán en plazo breve. Tan cierto es esto, que para librarse ya de las molestias inherentes, á esos desagradables ajetreos, Montero Ríos se ha largado á Lourizán por una temporada y Moret por otra á sus posesiones de la Mancha Hipotecaria.

—¿De modo que no saben cuál ha de ser la nueva habitación, y además se marchan ambos jefes con objeto de sustraerse á las molestias de la mudanza? ¿Pues qué van á hacer los trastos solos?

—Lo ignoro, Calínez; pero decidido como estoy á imitar en todo la conducta de tan excelsos hombres públicos, te anuncio que me mudo, no se adónde, y además, para no molestarme, me marchó de Madrid.

—Detente, Gedeón; lo que meditas es un pu.º disparate.

—Cuéntaselo á Moret y Montero Ríos.

—Dime siquiera algo de política antes de largarte.

—No sé nada. ¡Ah! sí, ¡que no la levantarán!

—¿Qué es lo que no han de levantar?

—La pieza de las Cortes.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Villaverde en el cruce.

—¡Lo que pesará esa pieza! Dime algo más.

—Lee España sin Cemboraín, y verás á Villaverde partido en Canals. Entre



RIEGO SUSPENDIDO

(FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE LA ÉTICA EN ESPAÑA)

—¡CUIDADO, DON FRANCISCO, QUE LE VAN A HACER A USTED UN CORTE DE MANGAS!



mauristas y villaverdistas hay ya una gresca sublime.

—¿Pero quién la ha provocado?

—Osma.

—¿Ha provocado Osma? ¡Era natural!

—Pero sin comerlo ni beberlo.

—Entonces, las madres.

—¡Ea, adiós, que ya empiezan a sacarme los muebles! Me voy de Madrid.

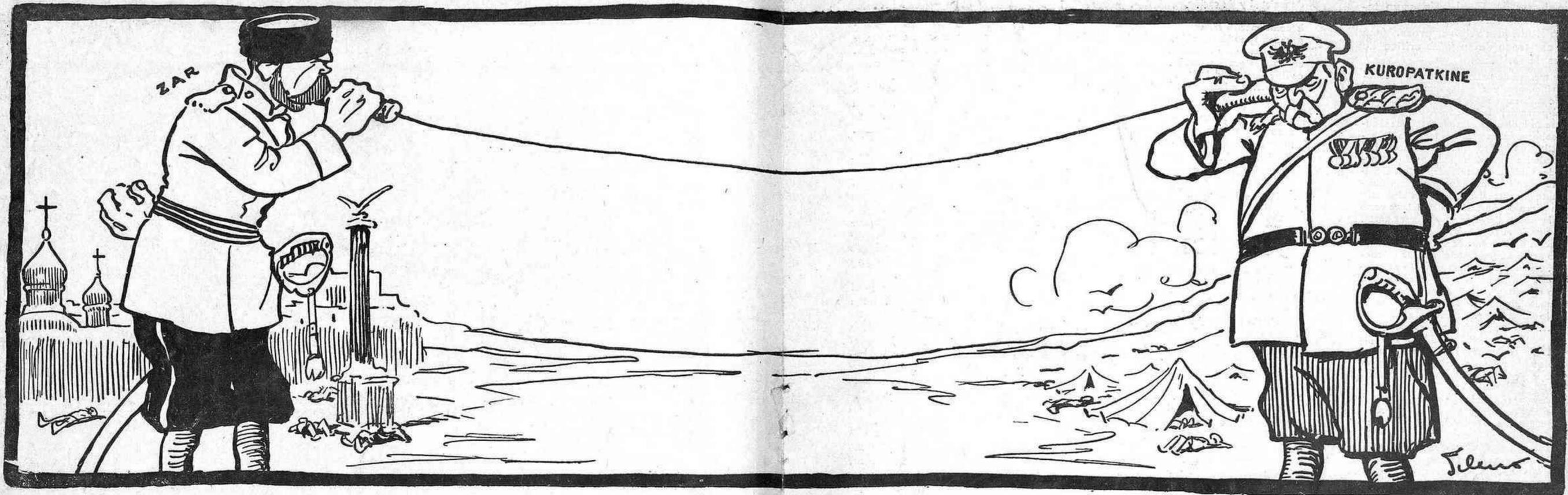
—¿Pero en qué casa vivirás el próximo jueves?

—No lo sé. Sigue a una butaca coja que tengo en el despacho, y donde la veas entrar, aquél será mi nuevo domicilio.

—Yo tengo gran firmeza de ideas. ¿Y no la levantarán?

—¡Suelta, suelta el auricular, Calínez, que estamos otra vez cruzados con Villaverde!

—Ya es tarde, Gedeón: ¡me siento jamaña del todo!



UNA RECOMENDACION MUY URGENTE

EL ZAR.—AMIGO KUROPATKINE, ES NECESARIO QUE TOMÉ USTED LA OFENSIVA INMEDIATAMENTE.
 KUROPATKINE.—MI QUERIDO ZAR, ME ES IMPOSIBLE, PORQUE LA TIENEN TOMADA LOS JAPONESES HACE UN RATO.

Las inquietudes de D. Raimundo

(MONÓLOGO)

(Lee ligeramente varias cartas, que luego va colocando debajo de una peseta enferma que le sirve de pisa-papeles). La canción de todos los días; me asedian solicitando destinos. ¿Y qué hacer? ¿dónde meto á mis huestes villaverdistas, si no hay ningún alto empleado que se haya dado por aludido? ¡Ni con barrenos puedo conseguir que salten algunos directores generales! De San Luis no hay que hablar. Un hombre que no cede ante media hora que le piden los empresarios, ¡en seguidita va á ceder su puesto! Es un caso de gobernador crónico que no se conocía en la política. Luego, yo no me atrevo á hacerles ninguna indicación por ese dichoso Maura, porque si á él le parece mal y me retira su apoyo, soy hombre perdido en cualquiera de las tres lenguas de Villaurrutia, y yo á todo trance necesito ser Presidente, aunque no sea más que por Besada. No está acabado de formar todavía, y sería lástima que se me malograra. No quiero que le ocurra lo que al pobre Cárdenas, que apenas si ha tenido tiempo de regarle la finca á Romero Robledo. ¡Claro, la remolacha da una sed...! ¡Pobre Cárdenas! ¡Flor de un día! Hoy me ha dado verdadera pena cuando ha venido á visitarme para ver si le quería comprar un flamante uniforme de minis-

tro; ¡dos veces se lo ha puesto! ¡Qué bien le estaría á Santiago Alba! (Pausa.) Todas las tardes le veo en el Retiro desde mi coche, silencioso y triste, deshojando una flor como una cándida doncella que pregunta si la amará su amante. ¡Tengo que hacer algo por ese pobre chico! (Toca un timbre y se presenta un criado.) Infórmate de si el Sr. Montero Ríos se ha marchado efectivamente á Lourizán. (El criado hace mutis como Castellano.) ¡Qué peso se me ha quitado de encima con la ausencia de ese hombre! ¡Y qué lata me dió con lo de las Cortes el día que estuvo á verme! Gracias á que Moret por debajo de la mesa me daba con el pie y me hacía expresivos gestos con los ojos, como diciendo: «¡No le haga usted caso! ¡Le ha dado ahora por ahí!» ¡Moret! ¡Ese es un hombre que vale! ¡Lástima que tenga una lengua menos que Villaurrutia! ¡Cuidado qué pretensión! ¡Que abra las Cortes! ¡Que abra las Cortes! Esto me recuerda el afán, la insistencia con que todos sus parientes recomendaban á una chica que se casara. Y la doncella, temerosa de que llegara el día, contestaba: «¡Si estuvieran ustedes en mi lugar y les esperara lo que á mí, á bien que no lo pedirían tanto!» Y eso digo yo. Hacendista escaldado, de la peseta enferma huye.

No quiero que me ocurra lo de la otra vez. ¡Ca! ¡Que dicen que esto no es constitucional? ¡Pero es muy reconstituyente! Los mismos maceros me lo han acon-

sejado. «¡D. Raimundo, no abra usted las Cortes! ¡No sea usted primo! ¡Que se la quieren dar á usted con luz y con taquígrafos...!» ¡Y los maceros me merecen mucha consideración! Además, que yo no puedo ir á las Cortes con las manos vacías: necesito presentar por lo menos un programa, y un programa, aunque sea de Circo, no se improvisa en cinco minutos. El otro día en el Consejo pregunté á mis colaboradores si llevaban algo nuevo, y todos se miraron verdaderamente sorprendidos. Por fin Vadillo declaró que á él, por su parte, nunca se le había ocurrido nada. Otra cantilena: que debo ir á las Cortes, porque es absolutamente indispensable la explicación de la crisis. ¿Pero qué crisis voy á explicar yo, si el primero que no se explica cómo ha vuelto á ser Presidente del Consejo es un servidor y García del Rivero?

Y menos mal que á los republicanos parece que no les importa, porque hasta ahora no me han pasado esquila como los liberales-democráticos y liberales propiamente dichos. Bien es verdad que para lo que hacen en las Cortes, mejor están en Bombay, que dijo el otro. Tampoco me ha escrito Nocedal. Si es lo que dice García Alix: «¡Debemos ir á las Cortes con las primeras lilas, allá para Mayo, después de dejar á Don Quijote en su casa y en ridículo!» Y á propósito de Don Quijote: se me ha olvidado decirle á Lacierva que incluya entre los próximos festejos del Centenario una corrida de

toros extraordinaria. Parece que el duque de Veragua tiene interés. No me parece mal; después de todo, si Rocinante viviese, le veríamos morir en la Plaza. (Pausa.) ¡Demonio! ¡Las doce! ¡Nos iremos á la camita! Antes sacaremos la cuenta de los gastos de los Ministerios. Justamente aquí tengo una nota que me mandó Besada. ¿Y cómo querrán que vaya á las Cortes sin tener antes las cuentas corrientes y mis presupuestos terminados, sin raspaduras ni enmiendas, limpios y curiosos? ¡Imposible! (Se mete en la cama, reza «con Dios me acuesto, etc.» y se dispone á repasar los presupuestos.) Dos y dos, cuatro, y dos, seis, y dos, ocho... y... (D. Raimundo da un terrible ronquido, dejando caer sobre el indispensable servicio de noche los papeles que, naturalmente, se convierten en papeles mojados. Reina un silencio absoluto. Nuestro hombre duerme. A sus labios asoma una sonrisa placentera. Sueña que ha vuelto á sus juveniles años y que no tiene más remedio que taparse la credencial.)



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Pocas personas habrá en Madrid que no conozcan al ilustre veterinario D. Simón Sánchez, popularísimo entre las gentes aficionadas á la guasa, y muy

conocido entre los políticos, á quienes debe de haber prestado servicios eminentes, según lo que le aprecian.

Nosotros no nos atreveríamos á aceptar los servicios de D. Simón Sánchez como esos señores, á quienes, sin duda, la amistad de un perito veterinario les resulta conveniente; pero lo que no podemos menos de agradecerle desde lo más íntimo de nuestro corazón es el envío de su precioso librito *Cartas amorosas satíricoliterarias, redactadas en Alzola*, por Simón Sánchez, y Juicio crítico de algunas, por Luis Cemboraín y José Rodríguez.

El excelente D. Simón declara desde luego que escribió su primera carta epistolar, como él las llama, «en Alzola, pueblo insignificante de la provincia de Guipúzcoa, casi ignorado en el mapa, pero muy conocido en el país por sus bondadosas aguas termoalcalinas, bicarbonatadas, azoadas, variedad litínica», etc., etcétera. Y en cuanto la escribió fué y se la leyó á cerca de doscientos bañistas que había en Alzola. «Describir el efecto que la lectura produjo en los oyentes—declara con plausible modestia D. Simón Sánchez,—cuyo número pasaría de 200, no puede hacerlo el autor.» Pero en su lugar lo hacen los citados señores Cemboraín y Rodríguez Albo (D. Luisito y don Pepito respectivamente), es decir, dos señores á quienes, desde luego, incluimos en la lista de redactores honorarios de GEDÉON, para todo lo que gusten mandar. *Guasoncibilis* de todas clases hemos co-

nocido en este mundo bastantes, pero, vamos, como los Sres. Cemboraín y Rodríguez Albo, no caen muchos en libra. Ellos, sin duda, fueron los que hicieron atmósfera para que las cartas de D. Simón fuesen celebradas, reídas, coreadas y comentadas como se merecen; ellos condujeron á D. Simón á un banquete en el Campo del Recreo; ellos le dispararon allí, delante de una porción de señores, que no se concibe cómo guardaron la seriedad necesaria para que aquello no acabase en bronca, unos discursos ó juicios críticos y un soneto que no podemos resistir al deseo de publicar aquí, para que se vea qué hombrucitos son Cemboraín y Rodríguez Albo para canearse de un sujeto. Véase la clase:

A LAS TRES CARTAS SATÍRICO-LITERARIAS DE DON SIMÓN SÁNCHEZ
 Soneto, por Luis Cemboraín.

Oíd: ha escrito don Simón, llena de encanto una segunda carta embriagadora, y á unos C. J. y P. dedica tentadora misiva con más gracia que otro tanto.

Mas ¡oh felicidad! ¡dicha que canto! tercera carta, con resplandor dora el mundo literario, y seductora define el mes de Abril, ¡ameno y santo!

Mas quiere dar otro tinte á sus hermosas á la par que también cartas amenas, y escribe una cuarta, que embelesa, con palabras poéticas, ¡preciosas! y arrancan lágrimas: ¡tantas son las penas entre M. y T., Manolo y la Teresa!

Su más modesto admirador,
 LUIS CEMBORAIN

Pero si este Sr. Cemboraín es un terrible guasón en verso, no le va en zaga su amigo Rodríguez Albo en prosa. Vean ustedes ese trozo de su juicio crítico de las cartas de D. Simón:

«En la tercera de sus cartas nos da á conocer los sinsabores y alegrías que produce el estado de embarazo en la mujer; allí vemos á C., que á pesar del desliz con J. y á pesar de no hallarse en indisoluble lazo (como dice el autor), se sobrepone á todos sus temores de haber cometido un delito que arrastra en sí el desprecio de las gentes, el goce que proporciona la idea sublime en C. de ser madre. Grandilocuente y en bien trazados párrafos determina el autor la entrevista de C. con el doctor M., y en párrafos posteriores nos hace comprender la duda, el temor y, por otra parte, el deseo dar á conocer á J. su estado. Digno es, al efecto, de citarse este párrafo. «En vista de esto acudí nuevamente al doctor en consulta, y... tras de largo interrogatorio y observaciones que estimó pertinentes, cuando hubo estudiado el caso y formó el diagnóstico, me dice... ¿qué dirás que me dijo?» Aquí viene la duda. «No lo aciertas... no... y aunque me ruborizo... te lo voy á decir: pues me dijo... señora... por lo que usted manifiesta y lo que observo... lo que usted tiene son síntomas de... ¿de qué dirás? ¿de embarazo!» ¿Puede darse á conocer un embarazo de una manera más hábil?

Más tarde vemos en la misma carta la astucia de las mujeres requiriendo de amorés al hombre que las llevó á la desgracia, para traerle hacia sí y con él unirse en lazo indisoluble. Pero no son ninguno de estos puntos literarios de tanta cuantía como el primero de la epístola en que nos pinta la primavera en estas palabras: «ni la esperanza de que regresarás en Abril en plena primavera, cuando la tímida golondrina, el adusto vencejo, la bulliciosa y picarilla codorniz; cuando las plantas se visten de follaje y los árboles se adornan con sus flores.» ¡Sublime! ¡Magnánimo! ¡Grandioso! ¡Digno de escribirse en letras de oro! ¿Quién desconoce que el vencejo es adusto? ¿Quién ignora que la golondrina es tímida?... ¿Quién duda que la codorniz es bulliciosa y picarilla?... ¿Quién no ha visto vestirse las plantas de follaje?... Y, por último, ¿quién no ha admirado los árboles adornados de flores?... ¿Puede darse más armonía y cadenciosidad?... Justo es, muy justo, que el que ahora recibe los plácemes de sus verdaderos amigos, sean también llevadas por éstos sus obras literarias á todas partes, con objeto de que no permanezca por más tiempo oscurecido ese talento ignorado de que nos habla Balmes en su *Criterio*.

Siéndome imposible por la premura del tiempo hacer una crítica de la otra carta, dejo ésta para ocasión venidera, y mientras tanto, gritemos todos como holocausto de su sabiduría: «¡Viva D. Simón Sánchez! ¡Vivan sus cartas!... ¡Viva el poeta festivo y moral de nuestro siglo!»

Y debajo pone la firma, José Rodríguez Albo, tan templado.

Para terminar, porque esto de alguna manera ha de concluirse, copiemos las frases de gratitud con que D. Simón contesta á sus panegiristas, dedicándoles una fotografía, sin duda:

DEDICATORIA

Los que en el anverso estáis
fotografiados conmigo,
sois, si á mal no lo tomáis,
mis cariñosos amigos.
Pruebas de ello recibí
en los Campos del Recreo,
cuando en fraternal banquete
por la carta que os leí...
me disteis aplausos, versos,
juicios críticos sublimes
en brindis y en recitados
salpicados de entusiasmo,

de amistad y de cariño,
que es lo que yo más estimo.
Y como mérito falta
para tan grande atención,
y yo quiero compensarlo
con la más grata emoción,
os doy, amigos del alma,
mi vida... y mi corazón.

S. SÁNCHEZ

Y después de esto, no cabe sino que nos retiremos, consignando una vez más la gratitud que debemos á D. Simón Sánchez y á sus inverosímiles amigos, á quienes Dios les conserve el humor.



JUSTICIA

Pasado el dulce periodo
que obliga al silencio justo,
ya Maura de cualquier modo
nos demuestra su disgusto.

Fué, sin respeto á su empaque,
relevado con urgencia,
y el hombre tuvo un ataque
de mutismo y de prudencia.

Su verbo, clarín sonado
para la sangrienta lid,
cerró con doble candado,
¡como el sepulcro del Cid!

Y hasta la fraseología,
que dióle un nombre eminente,
murió en el tremendo día
por el ataque prudente.

¡Sabia y sabrosa mudez
que, extendida en general,
iba á curar de una vez
la tristeza nacional...!

Mas hoy vuelve por sus fueros
de orador impenitente,
y al lado de sus cuneros
con ganas de hablar se siente;

pasado el dulce periodo
que obliga al silencio justo,
ya Maura de cualquier modo
nos demuestra su disgusto.

En manos de Villaverde
toda su labor concluye...
¡Y ahora en la sombra le muerde
para ver si le destruye!...

Luzbel que cayó del cielo,
brama, sufre, se rebela
con iras de Maquiavelo,
con ímpetus de Silvela.

¡Pobre y aburrido sér
que nos cuenta en su diario
las nostalgias del Poder,
las ídem del incensario!

Si se detiene á pensar
en su desgracia ficticia,
¿le puede al cabo extrañar
que le traten con justicia?

Delante de todo el mundo,
con intempestivo anhelo,
burlóse de don Raimundo,
le dió una carrera en pelo...

¿Por qué su excelsa altivez
se descompone y se altera,
si hoy don Raimundo, á su vez,
le devuelve la carrera?...

Cese, pues, en su campaña
contra estos pobres difuntos,
y procure que su *España*
se ocupe de otros asuntos.

Que si él sufre en el destierro
y llora el perdido bien,
es justo... ¡El que mata á hierro,
que á hierro muera también!



¡OH JUVENTUD!...

Dos acontecimientos sensacionales deben registrar los cronistas con la natural alegría y el aplauso que se merecen.

El estreno de *A fuerza de arrastrarse* y la circular de los jefes liberales.

¿Qué razón hay para registrarlos juntos, dentro de la misma aureola, en un mismo plano como si dijéramos?... Los espíritus vulgares acaso no la encuentren. Gedeón se complace en propagarla.

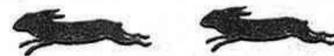
A fuerza de arrastrarse, farsa estrenada en el teatro Español, es original de Don José Echegaray y obtuvo un gran éxito... Ahora que se aconseja al ilustre anciano una útil y conveniente retirada de las letras, él contesta con otra obra que parece escrita en sus primeros años. Sabido es que entre los dramas de D. José, los primeros parecen los últimos, así como los últimos parecen los primeros.

La circular de los liberales, que es el otro acontecimiento de referencia, lleva la firma de Montero Ríos... Ahora que se aconseja al ilustre anciano una útil y conveniente retirada de la política, él contesta con otro acto que por su importancia y por su sinceridad parece propio de sus primeros años. Sabido es que en D. Eugenio la primavera y el invierno de la vida pública se confunden en una sola estación de parada y fonda.

¿Se comprende ahora por qué son iguales en grandeza los dos acontecimientos apuntados?... Gedeón se enternece, se emociona, se conmueve ante ellos, y apenas se siente con fuerzas para manifestar su entusiasmo... Encuentra igualmente respetables y dignos de admiración el acto de Montero Ríos y los tres actos y un prólogo de la farsa de Echegaray *A fuerza de arrastrarse*; y al considerar que sus autores han visto nevar sobre sus cabezas respectivas, no puede menos de acordarse del socorrido tema «la vejez no está en los años, etc., etc.», sobre el que se han escrito tantas cuartillas.

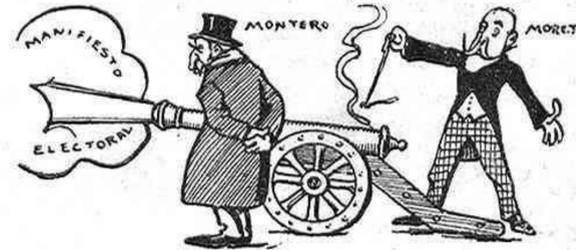
¡Oh juventud, primavera de la vida...! que dijo el otro.

Y no está mal el recuerdo ahora que el invierno se despide con ruido y empiezan á brotar las primeras lilas...



...Y armas al hombro

En vista de que el primer cañonazo no alcanzaba, los dos jefes de la conjunción liberal-democrática han tirado el segundo.



Que probablemente tampoco alcanzará.

Y hay para ello una razón
redonda como una bola,
que ya ha visto Gedeón:
que los de la conjunción
tiran con pólvora sola.

A que no saben ustedes á quién ha recibido en su seno la Academia de Ciencias Morales y Políticas?

...Claro que lo saben ustedes, porque toda la Prensa lo ha dicho, pero no por eso es menos inverosímil y cómico-lírica la noticia.

El nuevo académico moral y político es nuestro adorable Pepito Cárdenas, que ha sido ministro cuarenta días, por lo mismo de haberse pasado setenta y tantos años todo el mundo poniendo en cuarentena que Pepito llegara á serlo.

Casaca por casaca, siquiera la de académico parece de más duración.

Y luego que Pepito, de políticas no entenderá mucho, pero lo que es de morales... ya ven ustedes, un hombre tan ducho en el riego de fincas pertenecientes á Romero Robledo...

¡Qué reguapísimo estará manejando la manga regatriz, con su casaquita de académico moral!



De fijo no hará una plancha, pues ya ha probado Pepito que no se le importa un pito manejar la manga ancha.

Dicen que Vadillo, el salvador de nuestra Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas (que de todo eso tenemos, aunque parezca mentira), está muy atareado estos días.

Parece ser que nos está echando un remiendo á la Bolsa.



Tan malos estamos ya que, aunque de ello poco entiendes, bueno, Vadillo, será que la Bolsa nos remiendes.

El señor conde de Esteban Collantes todos los años se siente literato al llegar su fiesta onomástica.

Cada cual tiene sus flacos.

Hay quien celebra el día de su santo propinándose una suntuosa curda, ó mudándose de ropa interior, ó estrenando unas botas chillonas, ó bebiendo Champagne catalán del que se sirve en las recepciones de... bueno, en unas recepciones muy sonadas.

El glorioso y amable San Saturnino le trae todos los años al conde de Esteban Collantes un recuerdo de la literatura que, según dicen, aunque nadie lo sabe á punto fijo, cultivó en sus verdes años, si bien alguien asegura que los de ahora son los más verdes del estimable señor conde.

Este año, por desgracia, el señor conde se ha visto privado de la compañía de dos comensales asíduos, quienes, según parece, aun cuando nosotros no lo recordamos, también fueron grandes poetas cuando el conde era gran prosista... á menos que también fuese poeta, cosa para

nosotros ignorada y que no osamos preguntar al glorioso San Saturnino, porque no nos tratamos con este simpático habitante del Empíreo.

Pero los dos poetas, ó ex poetas aludidos, M. del Palacio y A. Grilo, ya que no podían asistir á la cena ó comida del conde, no han dejado de arrojarle unos cuantos ripios desde el lecho del dolor.



Véanse los de Grilo, que son adorables:

A Saturnino en San Saturnino.

Nos da San Saturnino con tu comida las horas más felices de nuestra vida.

¡Carape, vaya una idea gastronómico-onomástica y saturnina que tiene el señor Grilo de la felicidad asequible á los mortales en este bajo mundo!

¿Quién había de pensar que ni el amor ni la gloria, ni siquiera los sentimientos dinásticos á que creíamos que debiera Grilo los días más dichosos de su existencia, serían comparables con el placer de comer trufas una vez al año con un D. Saturnino senador?

¡Estos poetas son un arcano! ¿Qué pensaría Goethe si le hubiera convidado á comer el conde de Esteban Collantes? De seguro no volvía á preocuparse de lo eterno femenino. Pero sigamos copiando:

Si verme entre vosotros hoy no consigo, siento, más que estar malo, no estar contigo.

Parece que el poeta se dirige á la señora de sus pensamientos. Pero no...

Porque también mi brindis (aunque no acudo) ¡no será menos hondo por ser más mudo!

Diré á usted. En esto de la mudez, no hay más ni menos. No se puede ser más ni menos mudo. O se es mudo del todo, ó tartamudo, ó... ó se habla corrientemente. Lo mismo pasa con la poesía. O se es poeta, ó se es Grilo. No hay término medio.

Si la mesa que anima tu entendimiento tiene diosas y flores como ornamento, no hay para ver la gloria mejor camino

¡¡que un cubierto en la mesa de Saturnino!!

Eso es: y la Virgen y los Santos á quienes el poeta ha cantado en esos mismos metros, que perdonen por Dios. ¡Miren ustedes que un poeta cristiano decir que el camino de la gloria es el foie gras y la salsa tártara del conde de Esteban Collantes!

Era lo que nos quedaba por ver.

También los republicanos banquetearon, no para celebrar á San Saturnino, sino para festejar el 11 de Febrero.

Nosotros no asistimos á esos banquetes, pero sí supimos que había ocupado la presidencia en muchos de ellos una

estampa muy ridícula que se ve por ahí, la cual representa á D. Nicolás Salmerón mandando tocar á banderillas de fuego con una cosa roja en la mano.



Para las gentes sencillas esa estampa es un emblema. Él tocará á banderillas, mas no á la suerte suprema.

Los orfeones castellanos van á ponerse de acuerdo con el de Madrid para cantar no sé qué cosas con motivo del Centenario del Quijote.

La verdad, no vemos la congruencia.



Y exclamará el pobre hidalgo viéndose orfeonizar:

—¡Dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal!...

El chico de Tolstoi, en vista de que su papá predicaba contra la guerra desde hace muchos años, se ha presentado al Zar pidiéndole ingresar en el Ejército.

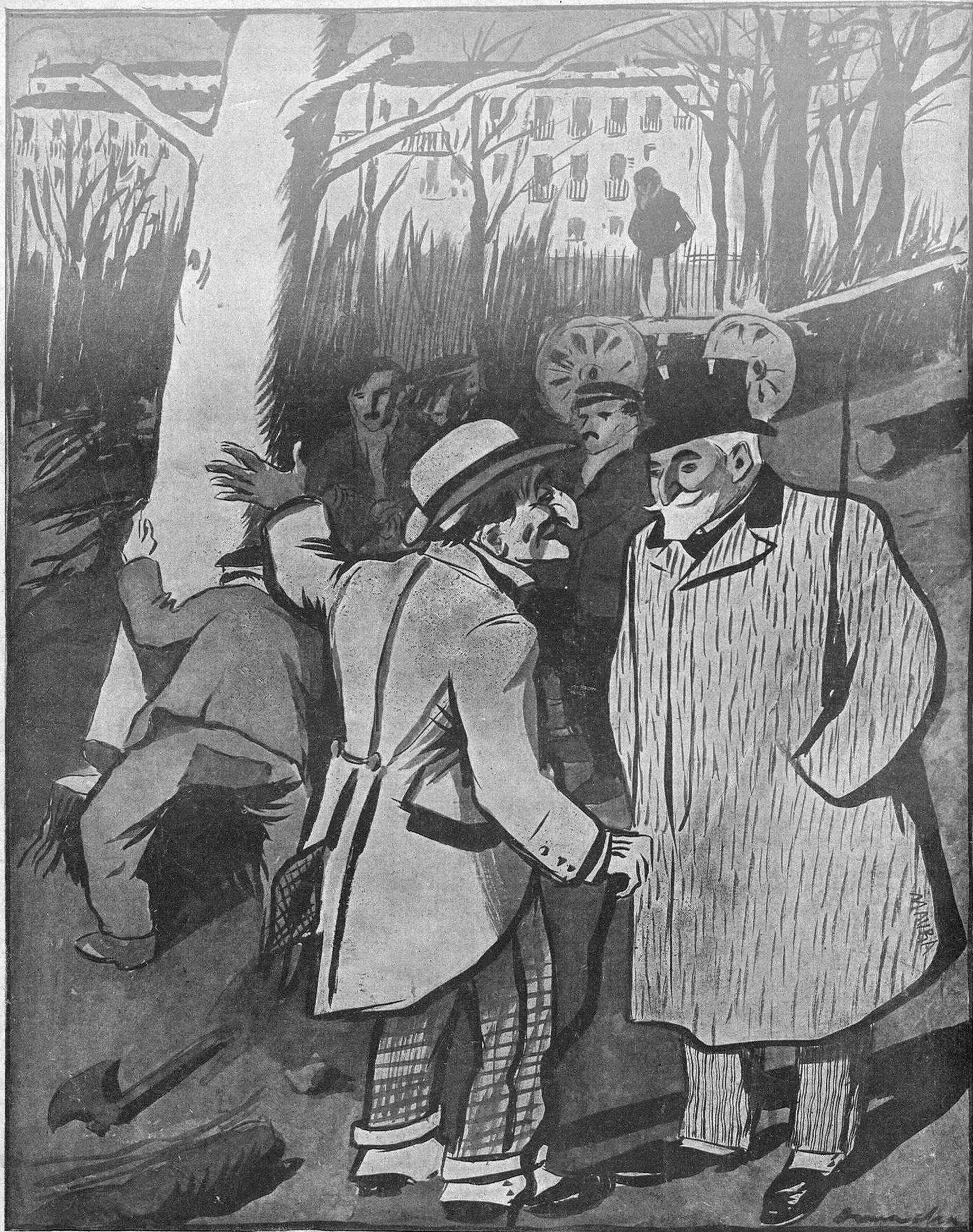


Está el chico decidido á conquistar atrevido los laureles de Belona. ¡Si se lo habrán traducido á Tolstoi en Barcelona!

Parece que á Romero se le va á reventar la dulce combinación de los riegos pagados por el país contribuyente.



Porque ya ve hasta el más ciego que no es fácil de hermanar ser conservador y al par cantar el himno de Riego.



**LA DESTRUCCION DE LOS JARDINES DEL RETIRO
Ó NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA**

GEDEÓN.—¿HA VISTO USTED QUÉ LÁSTIMA, D. ANTONIO? ¡YA HAN TALADO TODOS LOS ÁRBOLES!
MAURA.—SÍ, SÍ, PERO MIRE USTED QUÉ BUENAS VISTAS TIENEN AHORA AQUELLAS CASITAS DE ENFRENTE... Y SOBRE TODO, QUÉ BUENA VISTA LA DEL DUEÑO.
GEDEÓN.—CARAMBA, ¿QUIÉN SERÁ ESE SEÑOR? ME ALEGRARÍA DE CONOCERLE.